

CRONICA

EL MUNDO

Domingo 11 de agosto de 2002 - Número [356](#)

TERRORISMO | CUANDO ETA TE MATA A UN HIJO

Cuando ETA te mata a un hijo

ILDEFONSO OLMEDO

Aún hoy, pasados ya 22 años, Carmen Carballo necesita una dosis diaria de antidepresivos para seguir viviendo. Quizá no haya casa más florida que la suya en todo San Vicente de Alcántara (Badajoz). Hay plantas que cuelgan del balcón, hortensias y buganvillas en un parterre frente a la puerta de la calle y macetas que rebosan vida en el patio interior. Pero su jardín más mimado lo tiene Carmen en el cementerio. En la tumba de su niño nunca faltan macetas. «A veces voy y lloro nada más; otras veces le arreglo las plantas», dice. En la rutina de su peregrinar diario al camposanto ella, con sus 62 años y un vacío viejo, distingue entre «días buenos y días malos».



ESE DÍA LO MATARON. Ésta es la última foto en vida del primer niño asesinado por ETA (segundo de pie por la dcha.). Fue tomada la misma mañana del atentado y en ella aparece también Fernando García López (primero en cuclillas por la izda.), vecino e hijo de unos emigrantes de Zamora que resultó gravemente herido. Iban a entrar en su portal cuando vieron una bolsa de deportes. La bomba les estalló en las manos.

El domingo, tras saber del atentado en la casa cuartel de Santa Pola, fue de los días malos, pesado y desgarrador como aquél de primavera de 1980 en el que recorrió media España -de Guipúzcoa a Badajoz- tras un furgón fúnebre. Cada vez que muere un niño a manos de etarras, a Carmen se le abren las carnes y se toca el escapulario que le cuelga del cuello con la foto de su pequeño. El domingo pensó también en los padres de Silvia, la niña de seis años asesinada, y se vio a ella y a su marido, Antonio Piris, 22 años atrás. «¿Consejo? Que pase el tiempo, no hay medicina para este dolor».

Carmen Carballo es la desconsolada madre del primer niño asesinado por ETA. Se llamaba José María Piris Carballo, tenía 13 años y, hasta que el 29 de marzo de 1980 el hacha y la serpiente se cruzaron en su camino, crecía alegre en Azcoitia (Guipúzcoa), adonde sus padres emigraron en 1973 en busca de un trabajo en las acerías de la zona. Un artefacto explosivo, caído de los bajos del coche de un vecino guardia civil, atrajo aquella mañana de sábado la atención del niño, que regresaba de jugar un partido de fútbol con los compañeros del colegio que los padres mercedarios regentaban entonces en Azcoitia. «Le encantaban los imanes y vio dos en aquella maldita bolsa de deportes», llora todavía la madre.

Aquello fue el principio de lo que, con los años, se ha convertido en una verdadera matanza. Hasta 22 menores han fallecido desde entonces a consecuencia de los atentados de la banda terrorista. El promedio es escalofriante: un niño por año.

EN LAS CASAS CUARTEL

En dos ocasiones ETA convirtió las casas cuartel de la Guardia Civil en trampa mortal masiva para los más inocentes. La primera fue en 1987, en Zaragoza, con cinco niñas de entre 4 y 12 años muertas entre los escombros. Fue ese el año de Hipercor, con cuatro infantes entre las víctimas. Después vendría lo de Vic, 1991, en Barcelona. Otra vez cinco menores asesinados. Pero las cuentas infantiles del terror etarra no sólo incluyen a hijos de guardias civiles (12 de los 22). Dos eran hijos de policías,

otros tantos de militares y seis, entre los que se cuenta José María Piris, ajenos a cualquier vinculación con fuerzas uniformadas.

Silvia Martínez Santiago, la última de la particular lista de Herodes que sigue engrosando ETA, era hija de un guardia civil. Si José María Piris regresaba a su casa de jugar un partido de fútbol cuando fue asesinado, la pequeña de seis años se encontraba en familia cuando el coche bomba estalló el pasado domingo junto a la casa cuartel de Santa Pola (Alicante). Ni siquiera oyó la explosión: la niña bailaba en su propia habitación al ritmo de la música que unos cascos de CD vertían en sus oídos. Fuera, en la calle, el artefacto segaba la vida de Cecilio Gallego, de 56 años, que esperaba en la parada de autobús.

Quienes la conocieron dicen que Silvia era una cría con duende. Y esa tarde se lo estaba demostrando, con su alegre desparpajo, a los tíos venidos desde Muchamiel, en la misma provincia de Alicante. También la miraba bailar, desde los brazos de su padre, su primo Borja, de tres años y medio. El pequeño, que pasó varios días hospitalizado a causa de las heridas que sufrió, aún cree que todo se debió a que explotó un ordenador. «¿Qué niño malo ha hecho esto?», preguntó con inocencia para recibir por toda respuesta la mentira piadosa que sus padres tuvieron que improvisar.

Borja es demasiado niño para entender nada, salvo que su prima Silvia ya no está. Él crece en Muchamiel, el pueblo donde los padres de Silvia se conocieron hace unos ocho años y donde ya se ha ido hasta cuatro veces de entierro por acciones de ETA (en septiembre de 1991 un coche bomba mató a tres trabajadores municipales). Poco después, José Joaquín Martínez, que ahora tiene 33 años, y Toñi Santiago, de 30, empezaron su noviazgo. Él era guardia civil nacido en Albacete y ella, oriunda del Bierzo leonés, trabajaba en una panadería junto al parque Ansaldo. Silvia fue su primera y única hija. Y por esa herida lloran ahora: «Les guardaremos rencor el resto de nuestras vidas», han dicho.

Los padres de José María Piris han estado 22 años en silencio. «Fueron a por un joven guardia civil que vivía junto a nuestro bloque y nos tocó a nosotros», dice Carmen mientras su marido asiente. «Aquel pobre muchacho guardia civil, al que sólo conocíamos de vista, vino a nuestra casa a pedirnos perdón...». El vecindario del pueblo guipuzcoano, en general, se volcó con la familia extremeña. Vascos y no vascos. Guardó silencio cómplice, eso sí, el padre de un compañero de fútbol de su José Mari. Aquel vecino, exiliado en Francia por su militancia proetarra, había vuelto a Azcoitia tras una amnistía concedida tras la muerte de Franco.

El exilio de los Piris Carballo fue interior y por motivos económicos. Llegaron al País Vasco en 1973, al final de la dictadura, cuando aún a aquella tierra se la nombraba como las Vascongadas. Y la abandonaron para siempre, enlutados, el año, 1980, en el que Euskadi celebró sus primeras elecciones al Parlamento autonómico, que ganaría el PNV. El año que, en definitiva, la tierra de la txapela recuperó de hecho las riendas de su autogobierno.

ETA, en cambio, mató como nunca y en una cantidad que ya jamás repitió después. Las páginas de los periódicos se llenaron con hasta 97 muertos por atentados de quienes se autoproclamaban gudaris de la causa independentista vasca. El terrorismo de ultraderecha también derramó bastante sangre: 25 víctimas, vascos en su mayoría. Seis etarras muertos en enfrentamientos con la policía y cinco fallecidos en atentados del GRAPO hicieron que 1980 se cerrara con un muerto cada 90 horas. La sociedad lo observó todo agazapada. Las respuestas populares de cierta envergadura ante los 133 asesinatos fueron escasas; apenas 30.000 personas en una manifestación en Pamplona y 15.000 en otra en San Sebastián.

CASTIGAR LA APOLOGÍA

En los periódicos que, el domingo 30 de marzo de 1980, informaban de «El primer niño muerto por el terrorismo en Euskadi» (El País), otros titulares hablaban de cómo

los políticos (gobernaba la UCD de Suárez) intentaban combatir a los violentos. Valga un titular: «La apología de delitos cometidos por bandas o grupos armados será castigada». Ahora, tras la muerte de Silvia en Santa Pola, el debate se centra en la posible ilegalización del brazo político de ETA, Batasuna.

Cuando mató a Piris, oficialmente la organización militar nacida en seminarios vascos llevaba segundo vidas desde 1968 (asesinato del guardia civil José Pardines, el 7 de junio). La realidad, de creer en un concienzudo estudio realizado por el catedrático de la Universidad de Barcelona y ex ministro Ernest Lluch, que sería luego abatido de un tiro en la nuca (21 de noviembre de 2000), es que el «pecado original» de la banda se remonta a 1960.

Según publicó en El Correo apenas un año antes de su asesinato, la primera víctima mortal de ETA fue un bebé de 22 meses que murió a consecuencia de una bomba en la estación de Amara (San Sebastián), el 27 de junio de 1960. La niña se llamaba Begoña Urroz Ibarrola, y ETA jamás reivindicó aquella acción. «El esperable resultado de una muerte especialmente repugnante», escribió Lluch, «debió conducir a una discreción absoluta».

Veinte años y casi un centenar de muertos después, los independentistas violentos habían perdido cualquier atisbo de rubor. Aún hoy Carmen y Antonio no entienden cómo ETA logró localizar su nueva dirección en San Vicente de Alcántara (Badajoz), pueblo natal de ambos al que regresaron tras la muerte de José María con los tres hijos que les quedaban vivos. Habían transcurrido unos cuatro meses desde el atentado cuando encontraron en su buzón una carta dirigida al difunto. En el interior, en un folio manuscrito y sellado con el hacha y la serpiente, alguien en nombre de ETA les decía que su hijo había muerto por error, que la bomba no era para él. «Pero no se arrepentían», añade con rabia Carmen.

MADRE EN EUSKADI

«Le quitaron la vida a José María y a nosotros nos la estropearon para siempre», dice entre suspiros la madre. En 1980 tenía 40 años, «demasiados» para encajar un golpe tan tremendo. Y eso que, hasta entonces, ella había sido una mujer fuerte. Con 17 años, un camión atropelló a su madre, dejándola huérfana. De aquello, mal que bien, se repuso. Cuando en el 73 hizo las maletas, ella y su marido (tenían ya tres hijos; el cuarto nacería en Azcoitia) buscaban en el norte el porvenir que su tierra les negaba en aquellos años difíciles y de empleos malpagados. Antonio dejó el campo (en verano, los regadíos del Plan Badajoz y en invierno, mochila al hombro para el acarreo de café) por un trabajo que unos parientes ya emigrados le encontraron en Acerías y Forjas de Azcoitia.

«Ganaba entonces, con horas extra, hasta 100.000 pesetas, cuando aquí difícilmente llegaba a la mitad». El sueldo daba de sobra para el alquiler de uno de los pisos que, en bloques de vivienda construidos en las laderas del pueblo para albergar la mano de obra de la entonces boyante industria del acero, ocupó la familia. Estaban, además, rodeados de extremeños que, como ellos, habían emigrado. Y en ese ambiente, «sin haber tenido nunca un problema con nadie», decidieron ir a por un cuarto hijo. Carmen dice ahora que tener que sacarlo adelante fue su salvación. «No llores mamá, que Rari (así llamaba el pequeño a su hermano) va a venir», la intentaba consolar el niño cuando la presentía rota por la desesperación.

En 1980 aún no existía la Asociación de Víctimas del Terrorismo (AVT), que nació un año después, ni nadie le ofreció un psicólogo a los Piris Carballo. La madre, aunque lo necesitaba, no se atrevió a pedir nada. «Entonces si acudías a un psicólogo decían que es que estabas loca...». Y su mal era otro. No había ni médico ni dinero que pagara lo que le habían quitado. En aquellos tiempos casi ni los periódicos se ocupaban de las víctimas. Faltaban aún muchos años hasta que, con el aldabonazo del asesinato de Miguel Ángel Blanco (1997), una parte importante de la sociedad abriera los ojos.

La primera indemnización que recibió la familia fue de dos millones de pesetas. Después tuvo lugar el juicio contra los autores del atentado, aunque nadie avisó de ello a Carmen. «A mi hermano, que vivía conmigo desde que un camión mató a nuestra madre, le dijeron que mejor no saber quiénes eran los asesinos, pero a mí me hubiera gustado asistir al juicio... Y mirarles a la cara a esos sinvergüenzas que le quitaron la vida a mi niño».

En la sentencia, de 20 de abril de 1986, la Audiencia Nacional condenaba como autores del atentado a Francisco Fernando Martín Robles, Juan Aguirre Aguiriano y Jesús María Zabarte Arregui. Dos años después se ampliaba la condena a José Gabriel Urizar Murgoitio. Se establecía también la indemnización por responsabilidad civil: 31 millones de pesetas (a 20 ascendía la fijada para Fernando García López, el otro niño que resultó herido por la explosión y quedó con secuelas para toda la vida. Su familia, como la de Piris, también dejó al poco Azcoitia y regresó a su tierra, Corrales del Vino, Zamora).

La promulgación, el 8 de octubre de 1999, de la Ley de Solidaridad con las Víctimas del Terrorismo, ha permitido a la familia extremeña completar la indemnización por la muerte de su hijo con 27 millones, que se suman a los dos recibidos en los 80. «Ni mi marido ni yo queríamos pedir nada; ese dinero te quema en las manos, pero nuestros hijos nos convencieron con mucho sentido común».

Antes de que el Ministerio de Interior atendiera la petición, que fue cursada por la hija mayor de los Piris, fue excarcelado en 1997 uno de los cuatro etarras condenados, en concreto Martín Robles. Y también antes, en 1998, en el contexto de la tregua declarada por ETA, otro de los sentenciados, Zabarte Arregi, se convertía en interlocutor del Gobierno en representación de los etarras en prisión.

ADIÓS AL PAÍS VASCO

Ni Carmen ni su marido Antonio han sabido nunca el nombre de sus verdugos. Aunque no han vuelto a pisar el País Vasco, asienten cuando la mayor de sus hijas, la misma que había prestado a José María las zapatillas para jugar al fútbol con las que fue asesinado, dice que no se puede rechazar todo lo vasco. «No se odia a aquella tierra, ni a la gente en general...». Habla quien, como la madre de Silvia, llegó a ver el cuerpo destrozado de su ser querido. «Mi madre estaba en la plaza y yo, en casa con mis otros dos hermanos. Tenía entonces 15 años... Cuando bajé a la calle, porque lo mataron en la puerta de casa, lo vi. Lo reconocí porque llevaba mis zapatillas puestas», dice la hermana mayor.

Su madre, a la que no dejaron acercarse, recuerda aún como si lo estuviera viviendo su regreso de la compra. «La gente decía al principio que había sido una bombona de gas, pero enseguida el corazón me dijo que era él, mi niño... Desde entonces estoy mal. Y mi marido peor, porque él sí vio su cuerpo».

María Luisa Cábanas, psicóloga de la AVT, explica que el mayor derrumbe entre las víctimas de terrorismo se da entre quienes pierden a un hijo. Algunos psicólogos designan al periodo de duelo que se inicia, y suele durar al menos dos años, con el nombre de síndrome de la habitación vacía. «El trauma es insuperable, aunque se puede aprender a convivir con él», dice la psicóloga Cábanas.

Trastornos de ansiedad («se reviven con frecuencia los hechos si se ha sido testigo de la acción») y depresivos («muchos padres y parientes se sienten culpables por no haber podido hacer nada») son las secuelas que antes se manifiestan. Durante los primeros meses, la mayor parte de las víctimas precisa de tratamiento psicofarmacológico y psicoterapia, individual o en familia. Hay quienes requieren apoyo terapéutico de por vida.

Sin psicólogos, después de 22 años Carmen Carballo ha aprendido a convivir con el dolor por el hijo que le robaron siendo un niño. Por eso puede escribir una carta a la madre de Silvia. Al principio recuerda interminables caminatas, con grandes silencios,

junto a su marido por los alrededores de San Vicente de Alcántara, su refugio.

Ahora, con una pierna achacosa, sólo tiene una salida que no perdona a diario. «Ir a estar con él en el cementerio es mi único consuelo. Sólo cuando voy parece que he hecho los deberes del día. En el cementerio le tengo macetas, ¿sabes? Si fuera por mí, estaría allí siempre, a su lado». A veces piensa en otros niños: Silvia, Fabio, María del Coro, Vanesa, Francisco, Luis, Julia...

► EL CEMENTERIO INFANTIL DE ETA

1980 Oficialmente, éste es el año en el que ETA se cobra la primera vida de un niño: José María Piris. Aunque existen estudios, como el realizado por el después asesinado Ernest Lluch, que consideran que la sangría comenzó en 1960. Begoña Urroz, de 22 meses, moría tras la explosión de una bomba en San Sebastián. El atentado no fue reivindicado. La que sigue es la lista de los demás niños, hasta completar 22, muertos a manos de ETA.

ALFREDO AGUIRRE BELASCOAIN/ 1985. Tenía 14 años cuando una bomba-trampa colocada en un portal en Pamplona sesgó su vida.

DANIEL GARRIDO VELASCO/ 1986. Murió en San Sebastián al estallar una bomba colocada en el techo del automóvil en el que viajaba con sus padres, que también perdieron la vida. Tenía 16 años.

SONIA CABRERIZO MÁRMOL/ 1987. Víctima, con 15 años, del atentado de Hipercor (Barcelona).

SUSANA CABRERIZO MÁRMOL/ 1987. Hermana de la anterior, de 13 años, murió en la misma explosión.

SILVIA VICENTE MANZANARES/ 1987. Murió con 13 años, también en Hipercor, el atentado, hasta ahora, más sangriento en el historial de ETA: 21 muertos.

JORGE VICENTE MANZANARES/ 1987. Hermano de la anterior, tenía nueve años. El coche bomba de Hipercor se cobró la vida de cuatro niños.

SILVIA PINO FERNÁNDEZ/ 1987. Ella, con siete años, y sus padres fallecieron en el atentado contra la casa cuartel de la Guardia Civil de Zaragoza.

SILVIA BALLARÍN GAY/ 1987. Con seis años, y junto a su padre, murió en el mismo atentado que la anterior.

ROCÍO CAPILLA FRANCO/ 1987. Otra víctima de la explosión en Zaragoza. Tenía 12 años.

ESTHER BARRERA ALCARAZ/ 1987. De tres años e hija de un guardia civil del acuartelamiento zaragozano.

JULIA BARRERA ALCARAZ/ 1987. Hermana gemela de la anterior. Cinco niños fallecieron en Zaragoza.

LUIS DELGADO VILLALONGA/ 1988. Murió en Madrid, con tres años, como consecuencia de las heridas sufridas en la explosión de un coche bomba.

MARÍA DEL CORO VILLAMUDRIA/ 1991. Murió, con 17 años, tras la explosión de un artefacto adosado a los bajos del coche de su padre en San

Sebastián.

MARÍA CRISTINA ROSA MUÑOZ/ 1991. 14 años. Jugaba en el patio interior de la casa cuartel en Vic (Barcelona) cuando un coche bomba hizo explosión.

MARÍA DOLORES QUESADA ARRAQUE/ 1991. También asesinada en Vic. Tenía ocho años.

ANA CRISTINA PORRAS LÓPEZ/ 1991. Jugaba con las anteriores en el patio del cuartel. Tenía 10 años.

FRANCISCO DÍAZ/ 1991. Murió en Vic con 17 años.

VANESA RUIZ LARA/ 1991. Quinto menor fallecido en la explosión de Vic, cuando tenía 11 años.

FABIO MORENO ALSA/ 1991. Un artefacto colocado en el coche de su padre en Erandio (Vizcaya) sesgó su vida con dos años.

SILVIA MARTÍNEZ/ 2002. Seis años, asesinada el domingo en Santa Pola (Alicante).

▶ CARTA A LOS PADRES DE SILVIA

Queridos padres: No hay palabras para expresar lo que sentimos por la pérdida de su pequeña. Nosotros, más que nadie, podemos entender cómo se sienten en estos momentos y sabemos que no existen palabras de consuelo. Sólo el tiempo y el cariño de vuestra familia y amigos pueden ayudaros a sobrellevar a duras penas el dolor, la rabia y la impotencia que sentiréis ahora y que nunca se borrarán de vuestro pensamiento. Mi familia pasó por la misma dolorosa situación hace ya 22 años (mi hermano José María Piris Carballo fue el primer niño víctima de un atentado terrorista. «ASESINATO») a las puertas de nuestra casa, mientras esos asesinos lo veían todo y no hacían nada para que no tocara el artefacto que explotó en sus manos.

Cada vez que hay un atentado, nosotros revivimos los mismos sentimientos de rabia e impotencia que ustedes sentirán en estos momentos. Sólo esperamos que de una vez por todas se acabe con estas muertes inútiles e injustas, que destrozan familias inocentes y, sobre todo, que las personas que puedan de una forma u otra terminar con estos delincuentes, que es lo que son, lo hagan. El primer paso sería acabar con su representación política, que nunca debieron tener, financiada además por todos nosotros. Claro, que la única manera es que no se inculque en los niños, desde pequeños, el odio por todo lo que no sea vasco o por quienes no piensen como ellos.

Guipúzcoa es una provincia preciosa donde yo viví desde los 8 hasta los 16 años. Allí fui a la escuela y sufrí el rechazo de muchos de mis compañeros que nos consideraban extranjeros, «españoles en su país». En el País Vasco hay mucha gente buena que está sufriendo todos los días el miedo y lo más triste, no se pueden expresar libremente en contra de unos pocos que se encargan de destruir el derecho a la libertad y el poder vivir en paz.

Querida familia, espero que, de alguna manera, encontréis la fuerza necesaria para seguir adelante con vuestra vida, porque sé que olvidar y perdonar no es posible. Recibid de toda la familia nuestro más sentido pésame y nuestro cariño.

Carta escrita este jueves desde San Vicente de Alcántara (Badajoz) por la familia de José María Piris Carballo, el primer niño asesinado por ETA.



CRÓNICA es un suplemento de  elmundo.es